

VIDAS PARALELAS (UNA TARDE DE NOVELA)

Capitán de Fragata IM VGM (R)
Sergio G. Robles



Después de una breve visita a la basílica, me encaminé a buscar la casa a la que me dirigía: 113 Grande Rue, Boulogne-sur-Mer. No había podido ocultar una sonrisa cuando supe el número que buscaría. Estaba familiarizado con él desde hacía bastantes años. No fue complicado encontrar el lugar, no muy lejos de la iglesia que había dejado atrás. Pero no me detuve allí. Había ido solo por curiosidad, desafiado por el número. La reunión estaba pactada en Evry, más precisamente en Grand Bourg, un suburbio de esa localidad, así que partí raudamente.

El sol vespertino apenas se asomaba sobre la copa de los árboles mientras yo transitaba el sendero. La casa de tres pisos se encontraba a menos de 100 metros. A un costado pude ver lo que parecía una quinta de verduras.

—¿Qué habrá del otro lado? —me pregunté. Y disminuyendo el largo de mis pasos para darme tiempo, miré detenidamente en esa dirección. “Frutales”, me respondí sin hablar. Y alargué el paso. Tenía una mezcla de ansiedad por llegar y, asimismo, un poco de aprensión por lo que me esperaba y el éxito de lo que se desarrollaría.

—¡Valor! —Me gritó la voz interior y, con decisión, tomé la aldaba que tenía forma de llama andina y golpeé la puerta tres veces. Después de unos segundos —demasiados para mi ansiedad, pocos para mi aprensión—, la puerta se abrió y una mujer joven me miró a los ojos y me sonrió.

—Usted debe ser Gustavo —me dijo y, sin esperar confirmación, prosiguió a ofrecerme su mano, que tomé con delicadeza—. Yo soy Mercedes. El general y Mariano lo están esperando.

Apenas pude balbucear un “mucho gusto” que me pareció poco y pensé: “¿¡Mariano!?”. No se me había ocurrido que él participaría de la reunión.

Seguí obedientemente a Mercedes, que con otra sonrisa se detuvo a la entrada de una habitación y, con un ademán de su brazo, me invitó a entrar. Agradecí y crucé el umbral para encontrarme frente a frente con dos hombres sentados alrededor de una pequeña mesa redonda. No pude evitar devolver aceleradamente la mirada a un militar que me observaba desde un cuadro en la pared. Pude reconocer a Simón Bolívar, en parte porque me habían dicho que el cuadro estaba allí, después de viajar con mi anfitrión desde el Pacífico a través de Chile, las Provincias Unidas y el Atlántico. Los dos hombres se pararon al unísono.

—Mucho gusto, Gustavo —dijo el menos joven. Su apretón de manos fue seguro, fuerte.

—Encantado de conocerlo —dijo el otro, mientras también apretaba mi mano con firmeza, y agregó—: Espero que haya tenido un buen viaje.

—Sí, ningún problema —respondí.

—Imagino que el almirante debe estar por llegar —dijo Mariano, y agregó, dirigiéndome la mirada—: Una vez que llegue, los voy a dejar solos.

—Gracias por aclarar eso —dije.

En el breve silencio que siguió, analicé a la velocidad de un relámpago la vestimenta del general. Toda su ropa era azul oscuro y llevaba puesto un par de botas negras, en las que noté un poco de barro; seguramente había andado por la quinta esa mañana. Alguien me había

El Capitán de Fragata IM VGM (R) Sergio Gustavo Robles prestó servicios en los Batallones de Infantería de Marina N.º 1 y N.º 2 (Ec) y la Agrupación de Comandos Anfibios. Participó en las acciones del 2 de abril de 1982 como integrante de esta última unidad.

En 1989 se graduó del Colegio de Comando y Estado Mayor del United States Marine Corps, Quantico, Virginia. En 1994 obtuvo una maestría en Estrategia de Seguridad Nacional en el National War College, National Defense University en Washington, D.C. y en 2004, una maestría en Educación en la Universidad de Hawái.

Se desempeñó como profesor militar en la Escuela de Oficiales de la Armada y la Escuela de Guerra Naval. Comandó la Agrupación de Comandos Anfibios en 1987 y el Batallón de Infantería de Marina N.º 2 (Ec) en 1996, para luego pasar a retiro a mediados del año siguiente.

Después de su retiro, se trasladó a Honolulu, Hawái, Estados Unidos. En esta ciudad se desempeñó durante trece años como profesor de español y subdirector de una escuela privada. Durante los siguientes siete años, ofició de tutor de matemáticas y español de alumnos de dos escuelas privadas y dictó cursos de verano de matemáticas en una de ellas.

Varias publicaciones navales han publicado sus traducciones del inglés y escritos propios. El Círculo Militar publicó en 1991 su traducción del Manual de la Guerra de Maniobras y en 2011 el Instituto de Publicaciones Navales publicó su libro El asalto anfibio a Malvinas: a 30 años. Este último narra las actividades de varios infantes de marina durante la reconquista de las islas. La misma institución publicó en 2020 su libro Velas, cañones y coraje. Lecciones de liderazgo del Almirante Guillermo Brown.

Su libro *Más allá de los Andes. Lecciones de liderazgo, ética y moral del General José de San Martín* se encuentra en proceso de publicación por parte del citado Instituto. En 1996 recibió el premio “Héctor R. Ratto” por su cuento histórico Una Tarde en Bruselas: Clausewitz entrevista a San Martín.

Luego de su retiro de la actividad educativa en 2019, ha fijado residencia en Cape Cod, Massachusetts, Estados Unidos.

comentado que le encantaba cultivar de todo. Lo miré a la cara y creí advertir que sus ojos negros me miraban con cierta picardía.

Escuché voces y pasos provenientes del cuarto que había cruzado anteriormente. El almirante entró raudamente, como si —por amor a Dios— llegara tarde. Nos ignoró a Mariano y a mí —qué se podía esperar— y fue directamente al lado de la mesa donde estaba nuestro anfitrión. Este se puso de pie con gran agilidad y tendió la mano, que el almirante tomó entre las suyas.

—¡Don José, he esperado tanto para conocerlo! ¡Este es un gran momento!

—Ciertamente, don Guillermo, ciertamente. Casi nos conocimos en Buenos Aires en 1828, pero recordará usted que el país atravesaba días difíciles y no quise faltar a mi palabra.

—Ya lo sé, ya lo sé —respondió el almirante—. Recordará que yo mismo estaba disgustado con la situación.

—Antes de seguir hablando del pasado cercano, ¿qué le parece si hablamos del pasado lejano, almirante? —intercedió don José—. Pero, primero, digámosle “chau” a Mariano, que tiene otro programa para esta tarde.

—Así es —dijo Mariano—. Las nietas de don José me invitaron a caminar y le dije a la mamá que las llevaría.

Todos reímos al interpretar el sentido de las palabras de Mariano, el padre de las dos criaturas. Después de que el hijo del General Antonio González Balcarce abandonara el cuarto, nos sentamos a la mesa y el almirante al que don José había llamado don Guillermo me palmeó el brazo y me dijo:

—Prepárate a escuchar, muchacho. Acá vamos a dialogar los mayores. Te llamas Gustavo, ¿verdad?

Confieso que se me hizo un nudo en la garganta al tener la certeza de que lo que iba a presenciar iba a ser memorable y me costó balbucear una respuesta. Interiormente, me sorprendí un poco al escuchar el “muchacho” del viejo marino, en especial porque me di cuenta de que no podía esconder su acento irlandés en algunas de sus palabras. Ambos “mayores” se sonrieron y el almirante tomó la palabra.

—En 1786 yo era un mocoso de apenas ocho años cuando mi padre, católico por siempre, se cansó de los malos ratos que le hacían pasar los protestantes ingleses, no solamente a él sino también a su hermano que, para colmo, era cura. Con frecuencia teníamos que escondernos entre los cerros cercanos para celebrar misa.

—Terrible —manifestó el general.

—Un buen día me dijo: “Guillermo, mañana salimos para América, donde son más comprensivos. Tengo un amigo en Filadelfia con el que estuvimos intercambiando cartas y prometió que nos va a ayudar”. No podría haberme sorprendido más.

—Me imagino. Pero ¡qué bueno tener un contacto, un amigo que pudiera ayudarlos en tierra extranjera! —respondió el general don José.

—Lamentablemente, no nos fue bien. El amigo de papá había fallecido y mi padre cayó enfermo de fiebre y falleció poco después. Es así que quedé solo en tierra extranjera con apenas ocho años.

—Resulta interesante que ese mismo año, cuando yo también tenía ocho años de edad, mi familia y yo cruzábamos el Atlántico hacia el otro lado. Mi papá era oficial del Ejército Español y le tocaba regresar a su tierra natal después de varios años en la colonia sudamericana. Por eso es que comencé mi carrera militar en España.

—Por mi parte —retomó la palabra don Guillermo—, di comienzo a mi carrera naval cuando una mañana, mientras caminaba sin rumbo por los muelles de Filadelfia, un capitán me ofreció servir en su buque. Me fue muy bien: para cuando tenía 21 años, era capitán de un buque comercial. El inconveniente que tuve en 1798 fue que estaba navegando un buque con bandera inglesa. Un buque de guerra francés me capturó y me llevaron preso a Metz. Me quise escapar, pero no lo logré y entonces me encerraron en la prisión de Verdún.

—Parece que rondamos la misma suerte. Ese año yo estaba embarcado con tropas en una fragata española. Libramos combate contra los ingleses, pero perdimos. No obstante ello, los ingleses hablaron muy bien de nuestro comportamiento —dijo el general—. ¿Cuánto tiempo pasó en Verdún, don Guillermo?

No me pasó inadvertido que aunque no se habían conocido cuando ambos peleaban por la independencia de las Provincias Unidas, ahora se trataban de “don” en lugar de sus bien merecidas jerarquías militares.

—Nunca voy a olvidar esos seis años en la cárcel francesa. ¡Aaah...! Pero esa es otra divertida anécdota de mi vida. Me hice amigo de un prisionero inglés y pergeñé un plan para que nos escapáramos los dos. Él no estaba en tan buenas condiciones físicas como yo y lo tuve que cargar varias veces, pero nos las arreglamos para llegar a Inglaterra. Durante los siguientes cinco años serví con barcos mercantes británicos. Me casé —con una irlandesa, por supuesto— y para 1809, andaba haciendo negocios en Buenos Aires. —¿Y su carrera militar? ¿Entiendo que fue bastante activa en la tierra de sus antepasados?

—Después de mi tiempo embarcado volví a prestar servicios en unidades terrestres y combatí contra los franceses varias veces. En 1811 estaba al tanto de los sucesos en Buenos Aires: las invasiones inglesas de 1806 y 1807, la sensación de los locales de que no podían esperar ayuda del rey español, etc. Me decidí a volver a Sudamérica y ayudarlos a obtener la independencia si eso era lo que querían.

—¡Pero usted estaba con los españoles! —dijo el irlandés—. ¿Cómo hizo para volver?

—Bueno, no dije toda la verdad. Pretexté razones familiares como excusa para ir a Lima, que era el punto fuerte español, y además, primero fui a Inglaterra. Cuando llegué a Buenos Aires en 1812, el gobierno local me pidió que organizara un regimiento de caballería y así nacieron los granaderos a caballo.

—¡Mire Usted! Ese año compré una quinta en Barracas. Por supuesto, la gente empezó a llamarla “la quinta del inglés”, aunque más me hubiera gustado “la quinta del irlandés”. Pero, volviendo a su historia, recuerdo a esos soldados suyos. ¡Qué pinta tenían! Uniforme limpio, botas brillantes, siempre bien parados. ¡Hasta los petisos parecían altos!

Después de que las risas se calmaron, don José retomó la palabra.

—Esas enseñanzas las honraron siempre —dijo el general, y su voz no supo esconder el orgullo que sentía. El almirante le obsequió una sonrisa de comprensión.

“¡Cómo se conectan sin siquiera hablar!”, me dije.

La basílica mencionada en el primer párrafo es Notre Dame de Boulogne-sur-Mer. Allí fueron inicialmente depositados los restos del General José de San Martín.

—Don Guillermo, cuénteme cómo empezó su campaña contra los realistas, cómo pasó de comerciante a militar.

—¡Ah! Fue muy sencillo. Yo estaba comerciando con Montevideo en 1813. Las embarcaciones que usaba enarbolaban bandera británica, pero no les importó a los españoles en esta ciudad. Un buen día me las capturaron y, no solo eso, hicieron que mis tripulaciones trabajaran empedrando Montevideo. Sinceramente, me enfurecí. Mi carácter irlandés asomó. Conseguí un buquecito, le agregué armamento y, a partir de allí, los realistas tuvieron que sufrirme.

—¡Qué año! Yo tuve mi primer combate al mando del Regimiento de Granaderos a Caballo en San Lorenzo, al norte de Buenos Aires. Perdimos algunos valientes en el enfrentamiento y debo reconocer que debo la vida al Sargento Cabral, que ofrendó la suya para salvarme. ¿Sabe que lo mismo había pasado en España peleando contra los franceses?

—¡No me diga! —dijo sorprendido el almirante—. Cuénteme.

—Sin ir a los detalles, en el combate de Arjonilla, mi caballo cayó herido y mi pierna quedó atrapada. El cazador Juan de Dios me ayudó a salir de la situación. Literalmente, me salvó la vida.

—Por mi parte, recién al año siguiente el gobierno porteño compró buques de guerra y decidió otorgarme un rango militar y ponerlos a mis órdenes para combatir a los realistas. Pero mi primer combate —y aquí el viejo almirante indicó comillas con sus manos— fue con un americano oriundo de un pueblito cercano a Boston, que se opuso a mi mando. El gobierno lo convenció de cuál era la cadena de comando. El pobre Seaver cayó muerto ni bien comenzamos el primer enfrentamiento contra los españoles en Martín García.

—¡Qué notable! —espetó el general—. Yo también tuve problemas de ese tipo. No fue en las Provincias Unidas, sino cuando estábamos casi listos para salir de Chile hacia Perú. Lord Cochrane, marino como usted, pretendía ser el comandante en jefe de la expedición. El general O'Higgins le explicó cómo eran las cosas y yo tuve una larga charla con él. Aceptó las reglas, pero su carácter impulsivo y arrogante hizo que nuestras buenas relaciones terminaran un par de años más tarde. En sus memorias no habla muy bien de mí.

—Me han comentado que hay por allí copias de algunos informes de otros marinos británicos que estaban en Buenos Aires, que advertían al gobierno de su majestad sobre el carácter ríspido de este hombre. Yo no tuve oportunidad de conocerlo.

—A lo largo de nuestra vida pública tuvimos varios subordinados en común, ¿no es cierto? —preguntó don José, dejando de lado las dificultades para establecer sólidos comandos de fuerzas.

Afirmativo —dijo don Guillermo—. Creo que el primero fue el francés Hipólito Bouchard.

—Ciertamente, ¡uno de los primeros granaderos a caballo! —respondió con alegría el general—. Siempre recuerdo qué contento estaba en febrero de 1813 en San Lorenzo cuando me trajo la bandera roja y amarilla que le habían despojado al abanderado enemigo en el encuentro.

—Conmigo bajó por el Atlántico, dio la vuelta al fin del mundo y subió por el Pacífico. Cuando me capturaron en Guayaquil por un error mío, junto con mi hermano amenazaron con tanta convicción a los realistas que éstos se avinieron a dejarme volver a mis barcos. Poco después nos separamos. Él se fue directamente a Buenos Aires. Yo tardé un poco más y terminé perdiendo en una isla caribeña, a manos de los ingleses, todo lo que había capturado de los españoles en el Pacífico. Regresé a Buenos Aires recién en 1818 y me encontré con que mi quinta estaba en manos ajenas. Me costó tres años recuperarla. Recién en 1822 pude reanudar mis actividades comerciales.

—El año 1822 fue importante para mí también —inició don José.

—Así es. Se hablaba bastante de usted en Buenos Aires y se ha escrito y dicho mucho también después. El expresidente Sarmiento habló muy bien de usted y el francés de Lurcy prometió hacerlo famoso.

—Sí, sí. Pero volvamos a nuestros guerreros compartidos —terció el general, siempre molesto al hablar de sí mismo.

—José Matías Zapiola es otro nombre que me viene a la mente —dijo entonces el marino.

—Empezó como marino español, siguió como granadero y terminó de marino de las Provincias Unidas —recordó su contraparte, que prosiguió—: También sé que conoció a Juan Lavalle y Manuel Dorrego.

—¡Aaah, amigo mío! Me dio una terrible pena cómo terminaron esos dos. Entiendo que, cuando estuvieron a sus órdenes, se destacaron como soldados.

—Efectivamente. Ambos eran muy confiables, aunque Dorrego tenía dificultades para dominarse. Cuando estuve a cargo del Ejército del Norte, tuve que castigarlo severamente por faltarle el respeto nada menos que al General Belgrano.

—Tanto usted como yo tuvimos una interesante mezcla de nacionalidades en nuestras filas. Tuve que congeniar las culturas de norteamericanos, ingleses, irlandeses, griegos, italianos y franceses y seguro me olvido de mencionar alguna más. A usted le tocaron varios americanos, pero también tuvo irlandeses y franceses y un par de vecinos.

El general miró hacia el techo, como disfrutando el acto de recordar a algunos de los hombres que habían andado con él, algunos de ellos hasta por los tres países liberados.

—Creo que debo nombrar primero al sargento Pourtau. El único europeo —francés, para ser preciso— miembro de los Granaderos a Caballo, que murió en San Lorenzo. Al inglés Paroissien también le debo una mención especial, ya que no solamente me acompañó por Chile y Perú, sino que me ayudó a establecerme en Europa cuando me retiré de la vida militar activa.

El marino no pudo dejar de inquirir acerca de sus coterráneos.

—Seguro había por allí algún irlandés, ¿no es cierto?

—Efectivamente. —Fue la respuesta—. ¡Cómo olvidar al buen O'Brien! Juan fue conmigo a Chile y Perú y se destacó en cuanta tarea le asigné. Se ganó rápidamente la fama de donjuán, tanto le gustaba el sexo opuesto. Y no quiero dejar de lado al General Miller, británico, otro hombre no solamente capaz sino también persistente. Vino a visitarme un par de veces y cruzamos unas cuantas cartas en las que me preguntaba cosas de nuestras campañas, porque estaba escribiendo sus memorias con la ayuda de su hermano. Pero no quiero olvidarme de mencionar a los vecinos: el paraguayo Bogado y el uruguayo Bermúdez. Este último falleció a causa de las heridas que recibió en San Lorenzo a pesar de los esfuerzos del doctor Argerich, en tanto que el primero se unió a los Granaderos precisamente después del combate del 3 de febrero.

Se hizo un momento de silencio. Se me ocurrió que el general estaba rindiendo homenaje a todos esos hombres, pero, además, posiblemente estaba recordando a otros cercanos a su afecto que no se habían nombrado. El almirante lo miraba sin decir palabra. Era como que se estaban comunicando extrasensorialmente. Un escalofrío me recorrió el cuerpo y solo

El número 113 fue la matrícula del autor en la Escuela Naval Militar. Está incorporado a su dirección de correo electrónico.

atiné a pensar: “Qué suerte tengo de estar acá y presenciar estos momentos”. Finalmente, el almirante reanudó la conversación.

—Tengo gratos recuerdos de casi todos los que estuvieron conmigo en tres guerras diferentes, tanto americanos como extranjeros. Me manifesté enojado con la conducta de algunos, pero, como usted sabe, en algún momento expresé mi admiración por la valentía de dos porteños: Espora y Rosales.

—Alguien me comentó sus palabras. También me hablaron de su emoción al ver fallecer al escocés Drummond.

No fue necesario ser un genio para ver cómo se ensombreció la cara de don Guillermo. Es que, con seguridad, le trajo otra memoria, una memoria que le dolía.

—Usted sabe que no solamente lamenté la pérdida de un valiente, sino que tuve que pasar por el momento de decirle a Elisa lo que había pasado. Y luego la perdí a ella también.

—Lo siento mucho, almirante —dijo don José, sorprendiéndome de que usara la jerarquía de su interlocutor. Me pregunté si buscaba fortalecerlo como marino en las duras memorias que seguro cruzaban su mente. Hay quienes afirman que nunca se recuperó de la pérdida de Elisa Brown en las aguas del río en el que había obtenido tantas victorias.

La oscuridad en el cuarto había descendido y, de repente, entraron Mercedes y Mariano con sendas lámparas que volvieron a dar claridad a la presencia de los dos ancianos. El matrimonio se retiró sin haber pronunciado una sola palabra. Fue entonces cuando la conversación derivó hacia otros temas. Rompió el fuego —para estar a tono— el general don José.

—Discúlpeme que cambie de tema, don Guillermo, pero en esto de comparar historias, quiero hacerle una pregunta. Mientras estaba combatiendo en tres guerras diferentes, ¿qué cualidades de liderazgo apreció más en sus subordinados?

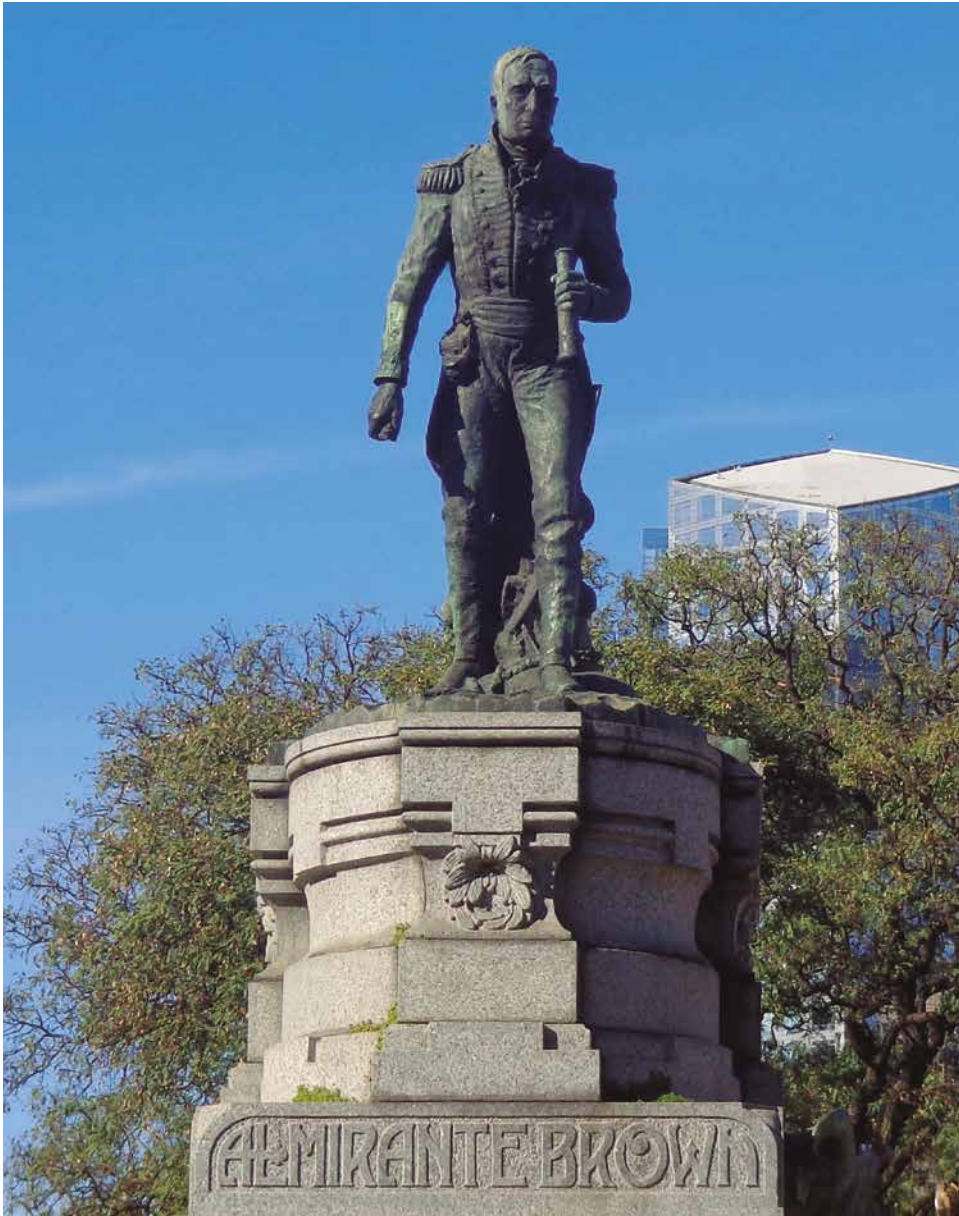
—Buena pregunta, don José. ¿Está por escribir un libro? —bromeó don Guillermo.

Don José se rio con gusto de la salida del almirante y éste retomó la palabra.

—Veamos... —comenzó, y noté nuevamente ese acento irlandés que nunca había perdido—. Usted comenzó su carrera militar en 1789 y la terminó en 1822. Treinta y tres años, durante diez de los cuales fue el número uno de las fuerzas, o sea, el comandante. Le apuesto a que opinamos lo mismo sobre este tema. Lo que apreciamos en otros es lo que valoramos en nuestra propia conducta.

—No voy a apostar porque estoy seguro de lo mismo. Pero cuénteme, así comparamos —respondió don José.

—Los dos comenzamos a aprender a temprana edad y creo que nuestras actividades nos obligaron a continuar aprendiendo. Así que, ahí tiene lo primero que apreció en mis subordinados y recomendé a los que se iniciaban: aprendan, aprendan, aprendan, nunca dejen de aprender. Conozcan su profesión, sean idóneos. Pero esta característica va unida, en mi modesta opinión, al gusto por liderar, por estar a cargo de organizaciones que tienen que hacer algo trascendente. Es la llama que mantiene encendida la característica que acabo de nombrar. Este saber será trascendente para organizar las fuerzas que tengan y asignarles misiones. En mi caso, eran unos pocos barcos; en el suyo, bastante más. No me quiero imaginar lo que debe haber sido cruzar los Andes con más de 10.000 caballos, mulas y vacas, además de los miles de soldados subordinados y todo el armamento necesario. ¡Y por tres caminos diferentes!



La casa de 113 Grande Rue la ocupó el General San Martín los dos últimos años de su vida.

El monumento al almirante Brown en Buenos Aires, obra de Alejandro Chiapasco.

(Imagen Wikimedia Commons)

—Gracias por el cumplido, don Guillermo, pero no se haga el modesto. Si bien tenía usted a veces un puñado de barcos solamente, en oportunidades atacó con ellos varios puñados de barcos enemigos. ¡Y salió victorioso! ¿Y qué me cuenta de dar la vuelta al Cabo de Hornos para ir a hostigar la navegación española en el Pacífico? Se necesita tener capacidad para organizar y elegir subalternos, pero también persistencia para superar dificultades.

—Me parece que estamos intercambiando cumplidos —replicó el marino.

—Es que no podemos escapar de lo que hicimos —contestó el militar, con los brazos semiextendidos y las palmas de las manos hacia arriba, como diciendo con el gesto “¿Qué vamos a hacer?”.

—Pibe, ¿hay algún tema sobre el cual quieras preguntarnos? —dijo el almirante, sorprendiéndome totalmente. Pero me repuse rápido.

Sí. Ya que han hablado de aprender, me gustaría escucharlos en sus esfuerzos por educar al pueblo o a los pueblos, ya que el general ha estado en tres naciones diferentes.

—Siempre pensé que la muchachada de a bordo alguna vez se establecería en tierra, tal como yo lo hice —inició don Guillermo—. Y sabía que la perseverancia, el coraje, las tomas de decisiones que hicieran en los barcos podrían aplicarlas en su vida privada.

—¡Vamos, almirante! —dije, armado de coraje una vez más—. Cuénteles al general qué hizo con la bandera de Los Pozos.

—Gustavo, veo que estás bien informado. —Y mirándome con sus ojos de lince que luego desvió hacia el general, le relató—: Un grupo de damas porteñas me regaló una bandera que confeccionaron para rememorar por siempre la victoria obtenida en Los Pozos sobre el Imperio del Brasil. Tres días después, llevé la bandera al Colegio de Ciencias Morales y le pedí al rector que la tuviera en exposición por algunos días a fin de estimular los sentimientos patrióticos de los alumnos. Ahora le toca a usted, don José.

—¡Con qué admiración habrán mirado esa bandera los alumnos! —comenzó diciendo el general—. Si hablamos de las tropas que operaron a mis órdenes, ustedes probablemente sepan que en cada lugar en que estuve organicé escuelas de instrucción y las prácticas en el terreno eran cosa de todos los días. Comencé con los granaderos a caballo y seguí con el Ejército del Norte cuando el gobierno me envió a Tucumán. Luego fueron los años en Mendoza y, después, Santiago de Chile y varios lugares en Perú. No sé qué se habrá hecho de la Ciudadela tucumana que los propios oficiales diseñaron y delimitaron después de acrecentar sus conocimientos en matemáticas.

—¿En matemáticas? —se me escapó la pregunta de los labios.

—Mi querido amigo —dijo el general—, un ejército no puede existir sin matemáticas.

—Pero don José, usted también se preocupó por la instrucción del pueblo de cada país que liberó —dijo don Guillermo.

—Bien dicho, almirante. Un pueblo debe estar instruido para ser verdaderamente libre y capaz de gobernarse a sí mismo. Por eso creé escuelas y bibliotecas cada vez que pude. Hasta mis propios libros fueron la fundación de algunas bibliotecas.

—Me llegó un rumor de que usted donó los viáticos de su viaje de Santiago de Chile a Buenos Aires después de Chacabuco —respondió el almirante.

—Ciertamente —dijo el general tras un profundo suspiro que atribuí casi sin dudas a la modestia que se le escapaba—. No los necesitaba y era una buena suma para la biblioteca de Santiago.

—Don José, ¿nos puede explicar cómo funcionaba esa escuela con sistema lancasteriano que usted fundó en Mendoza? —pregunté.

—Es sencillo —sostuvo el general—. Los profesores enseñaban a un grupo de estudiantes de los grados superiores y estos se encargaban de enseñar a grupos reducidos de alumnos de grados inferiores. La ventaja de ese sistema es la disminución de la necesidad de profesores. En lugares con restricciones económicas, puede ser muy útil. Además, no nos olvidemos de que la mejor manera de afianzar conocimientos es tener que enseñarlos.

—Bueno, ahora pregunto yo —terció el almirante—. ¿Qué opina del reconocimiento de sus subalternos?

—Si usted conoce su profesión, le gusta llevar a buen término los desafíos que se le presentan y se acuerda de felicitar a los que cumplen sus órdenes, sus subordinados lo van a respetar. No porque sea el número uno, sino porque saben lo que hace y reconocen sus esfuerzos. Usted tuvo un episodio en el sur de las Provincias Unidas cuando iba hacia el Pacífico en el que su sola presencia y su palabra bastaron para cambiar lo que iba a suceder. ¿Recuerda?

—Sí, pobres tipos. Pensar que podrían sobrevivir en ese lugar era un terrible error. Lamentablemente, poco más adelante otros se olvidaron del ejemplo que ese evento representaba. No creo que hayan superado las condiciones de la isla donde, desafortunadamente, tuve que dejarlos después de que voluntariamente abandonaran el barco mientras hacíamos reparaciones. Pero, don José, usted tuvo lo suyo muchas veces. Recuerdo ahora lo que me contaron que pasó en Rancagua.

—En efecto. Tengo que decir que fue extremadamente duro tomar la decisión que tomé, pero fue gratificante observar la reacción de apoyo de mis subordinados. Algunos de los que no estuvieron allí me criticaron duramente, pero cumplí mi palabra. Una vez más demostré ese principio moral que siempre me acompañó. Y aún hoy pienso que salvé al Ejército de los Andes de la disolución, a pesar de que algunos planeaban enjuiciarme si asomaba mi cara por Buenos Aires.

—¿Qué otra cosa piensa que un líder debe tener?

—Ninguna duda que ética debe estar incluida. Y uno debe analizar constantemente su desempeño para verificar que modela esos principios morales y no los vulnera. Siempre hay subordinados del líder observando su comportamiento.

—Don José, también usted fue objeto de críticas por haberle regalado su sable a Rosas. ¿Qué me puede contar de eso?

—Antes, don Guillermo, cuénteme qué opinaba usted de él.

—Bueno, usted sabe que muchas de sus acciones no estaban de acuerdo con las cosas que acabamos de nombrar. Por ejemplo, usted y yo respetamos la vida de los que derrotamos, en tanto que los subordinados del General Rosas eran victimarios recurrentes de las ejecuciones. Cuando me ofreció el comando de la flota, le dejé en claro que no seguiría esa política. Y tengo que reconocer que Rosas jamás interfirió con mis principios.

—Usted participó activamente en la defensa de nuestro país contra los aliados extranjeros y lo respeto —sostuvo don José—. Igual que respeté y alabé esa actitud del General Rosas a pesar de que, como usted, reconozco que muchas de sus políticas no cuadraban con mis principios. Dejé en claro por qué le daba mi sable, pero, desde luego, sus enemigos y los míos aprovecharon la oportunidad para criticarme.

—Cuanto más alto está uno en la organización, más expuesto está a las críticas, particularmente de los enemigos, declarados o no. Pero tanto usted como yo expusimos nuestra perseverancia en los momentos difíciles que vivimos —sustentó don Guillermo, y continuó—: Usted y el General O'Higgins vivieron momentos difíciles durante y después de la sorpresa en Cancha Rayada, pero los superaron. Yo me quedé sin barco en el Caribe por obra de los ingleses, pero hasta fui a la misma Inglaterra a discutir el tema.

—Nuestras campañas terminaron, asimismo, en forma comparable. Yo me quedé sin el apoyo suficiente para completar la expulsión de los realistas de Perú y usted se quedó sin flota frente al mismísimo Buenos Aires, merced a los ingleses y los franceses. Los dos juzgamos que habíamos hecho bastante y nos fuimos a descansar.

La casa de Grand Bourg, Evry, la adquirió el general a instancias y con la ayuda de su amigo Alejandro Aguado. Este fue intendente de dicha localidad.

Me pareció advertir en los insignes guerreros cierto cansancio, indicado por el silencio que siguió a las palabras del general. Afuera, la oscuridad era ya completa. En ese momento entró corriendo una niña con una medalla en la mano.

—¡Pepita! —exclamó el general, riéndose—. ¿Qué estás haciendo con esa medalla?

—Jugando, abuelo. Es muy bonita.

El general nos miró y dijo:

—Me la dieron por la victoria en Bailén, pero ahora es un juguete de mi nieta.

Me quedé mirándola y me pregunté cómo era posible que yo supiera, a mediados del siglo XIX, que ella sería una heroína en Francia poco más de medio siglo más tarde.

—Caballeros —dije entonces—, ¿qué les parece si damos por concluida la charla?

—Me parece bien, pero tal vez podamos juntarnos nuevamente en el futuro y ver si nos quedó algo en el tintero —dijo el almirante.

—Quiero agradecerles a ambos —sostuve entonces— haber aceptado juntarse para rememorar sus actividades en las Provincias Unidas y haberme dejado presenciar el encuentro. No se imaginan lo que esto significa para mí.

Abrí los ojos y me quedé mirando el techo por un rato largo rato. No era el techo de la casa de Grand Bourg, sino el de mi propio dormitorio. Pensé en todo lo que habían hecho el General y el Almirante —así, con mayúsculas— con esa velocidad relampagueante con la que nuestro cerebro puede recorrer decenas de hechos en pocos segundos. Y me emocioné. Me imaginé la cara sonriente de mi fallecido amigo el Loco Prieto diciéndome su invención: gotitas saladas. Dejé la cama y me fui a prepararme unos mates después de hacer el saludo militar, por las dudas de que los dos ancianos lo estuvieran esperando. ■

Notas del autor:

El encuentro descrito en estas páginas es producto de la imaginación del autor.

La información contenida en esta historia se extrajo de la múltiple bibliografía consultada por el autor para escribir los libros *Velas, cañones y coraje. Lecciones de liderazgo del Almirante Guillermo Brown* y *Más allá de los Andes. Lecciones de liderazgo, ética y moral del General José de San Martín*.